

EL MOTÍN

Año XXXIX

Madrid, Domingo 7 de Septiembre de 1919

Número 23.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 15 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

EXCENTRICIDADES

Pues, sí; como dije en el número anterior, varios corresponsales de El Motín han rebajado sus pedidos ó se han dado de baja.

¿Causas? Las que apunté. Manejos de clericales. Pequeñeces de algunos republicanos. Acomodamientos de otros. Cobardías de muchos. Sería cosa de preocuparme si no estuviera en mi mano la manera de cubrir ese déficit.

Bien hipotecando cualquiera de las fincas rústicas ó urbanas que me he agenciado en mis tejes-maneges políticos.

Ya pegándole un pellizco á mi cuenta corriente en el Banco,

Ora empeñando cualquiera de mis alhajas,

O deshaciéndome del coche.

Si alguien me preguntara: ¿Cómo has adquirido usted esa fortuna?, le contestaría:

—No reconozco derecho en nadie para hacerme esa pregunta impertinente. Por el hecho de existir, toda fortuna tiene justificada su procedencia, y no necesita probar su limpieza de sangre.

Mas tengo la seguridad de que mis lectores no me harán esa pregunta, pues ninguno me tuvo nunca por un mandria, un tontaina, un ñoño, un don Meapoquito detenido en su marcha económica por escrúpulo de Marigargajo. No; no; todos saben que yo soy un hombre de mi tiempo, que sigo la corriente, que bailo al son que tocan y que tomé hace tiempo por divisa aquella frase de Rousseau: *Preferio que me llamen ladrón antes que pobre*, y puse en práctica esta sabia máxima atribuida á los yanquis: *Haz dinero*;

honradamente, si puedes. Y si no, hazlo. Por esto cuento hoy con la fortuna que he dicho.

La pregunta que quizás me hagan algunos es esta otra:

¿Y por qué, teniendo todo eso, ha acudido usted á nosotros para pagar multas y gastos de procesos; rifado libros después de ofrecerlos á bajo precio, y aceptado donativos para cohonestar la subida del papel?

Ese es mi secreto.

Además, á fuer de hombre rico, yo puedo permitirme el lujo de tener genialidades, excentricidades, rarezas, caprichos...

Quedamos, pues, en que yo enjugaré este déficit apelando á cualquiera de los medios indicados.

¿Pero qué estoy diciendo?

¡No, no! Yo no debo hacer eso. Se correría la voz en Bolsa, y creyendo que iba camino de la ruina, perdería por completo el crédito que allí tengo tan firmemente cimentado.

Nada, nada... Decididamente no hipoteco ni una finca, ni retiro un céntimo de mi cuenta corriente, ni empeño una de mis alhajas, ni me deshago de mi vehículo. ¿Qué se diría de mí si me viesen sentado en un tranvía?

Por otra parte, yo opino como la Iglesia (alguna vez había de estar conforme con ella) en lo de que el sacerdote debe vivir del altar; y como el altar donde yo oficio es El Motín, que sea él quien atienda á mis necesidades.

La verdad es, que si no ando listo y me prevengo con tiempo, me luzco ¡vive Dios! Si confío en que El Motín había de darme siempre lo necesario para vivir ¡bonita situación la mía ahora!

Me vería solo, metido en un rincón rumiando deseos, pidiéndole cada noche á la Esfinge de la Necesidad el secreto del día siguiente, y tirando pesadamente del carro de la existencia... Bendita una y mil veces la hora en que arrojé de mis hombros el pesado fardo de preocupaciones que me impedían subir con desembarazo la áspera cuesta de la vida.

Sí, bendita sea. A ella debo el no haber seguido el ejemplo de aquel Pi y Margall, filósofo insigne, escritor admirable, y honrado cual pocos, que dejó por toda herencia á su esposa el derecho á reclamar la viudez que le correspondía por haber sido él jefe del

Estado, derecho que la señora se vio obligada á utilizar.

Ni el de aquel Costa, muy sabio, muy polígrafo y honrado también, que pasó sus últimos años en situación económica bastante difícil. Ni el de tantos otros republicanos que sin valer lo que esos dos los igualaban en consecuencia y desinterés y que tras llevar vida angustiosa dejaron al morir completamente desamparados á los suyos.

Al pensar en cuantos hicieron vida dificultosa y amarga pudiendo haberla hecho tan fastuosa como yo desde que vi claro y me convencí de que el que no mira adelante atrás se queda, que ningún río crece sino con aguas turbias y que nadie retira la mano al que todos saben que no la tiene limpia, me siento inclinado unas veces á compadecerlos y otras á calificarlos de egoístas, pues lo fueron al anteponer la necia manía de conservarse dignos y honrados al deber que tiene todo hombre de asegurarse el porvenir, sea como sea, más aún por su familia que por él.

Terribles debieron ser los últimos momentos de algunos si tuvieron la desgracia de conservar hasta el último instante sus facultades mentales. Al verse rodeado de aquellos seres queridos que compartieron con él una vida de privaciones sin quejarse, y pensar que al día siguiente se instalaría en aquel pobre hogar la miseria absoluta, se arrepentirían de no haber hecho lo que yo. Y lo mismo digo de los que todavía los imitan, y á quienes aconsejo que sigan mi ejemplo si no quieren acabar como aquellos bobalicones. Afortunadamente cada día es menor el número de los que obran así, porque el buen sentido se va imponiendo á todos.

Al llegar aquí advierto que charlando, charlando, se me ha olvidado lo principal: decidir lo que debo hacer. Lo pensaré de aquí al jueves (hoy es domingo) y ya se me ocurrirá algo para sacudir esta pequeña molestia, sin menoscabo de mi fortuna particular. Si me di tan buena maña para adquirirla, ¿voy á ser tan torpe ahora que no encuentre la manera de no comprometerla?

Y termino, revelando la principal razón que tengo para resolver este incidente como si no poseyera esa fortuna. Estando próximo el triunfo de la República, debo reservar todas mis

rentas para no carecer de lo preciso el día que los correligionarios míos llamados á ocupar el poder me destierren de España por combatir al cle-ro que acapara hoy todas sus ternu-ras.

Dudas... Perplejidades...

Hoy es miércoles. Llevo tres días pensando en cómo he de cubrir el *dé-ficit* que las bajas de los correspon-sales producen al MOTIN, y nada, no doy en el quid. Y es que, fuera de la fortuna á que aludo en el artículo an-terior, no poseo ni un objeto que valga dos pesetas.

(Exceptúo los libros, folletos y lámi-nas que aún me quedan por valor de ocho á nueve mil duros (precie de cu-bierta), porque esa mercancía resulta hoy más averiada y pestilente que nun-ca en este país consagrado al Corazón de Jesús, dedicado á admirar el milagro del Cristo de Limpías y á aplaudir á los diputados republicanos que votan au-mentos en el presupuesto eclesiástico. Por esto no me atrevo siquiera á pedir ya á mis correligionarios que compren libros de esos. Yo podré, en mi calidad de iconoclasta, consagrarme á derribar imágenes católicas é ídolos políticos; pero me horripila la idea de que pudie-ra acusármese con razón de contribuir con mis escritos á que un solo correli-gionario mío que no tuviese vocación decidida de ir al Inferno, entrase en él por los siglos de los siglos. Y eso que, si les diese por comprarme los li-bros, folletos y láminas, no tendría yo ni éste ni otros quebraderos de ca-beza.)

Una sola cosa poseo que tiene hoy gran valor, que irá aumentando de si-glo en siglo: el magnífico retrato al óleo, único que existe en el mundo habiendo servido yo de modelo, que me hizo el laureado pintor Ricardo Navarrete á raíz de realizarse el 25 de Marzo de 1903 la entusiastadora Unión Republicana que inicié, propagué y defendí. Pero de este retrato, por la estrecha amistad que me unió al autor, por lo perfecto del parecido, por la fe-cha que me recuerda y por formar, co-mo suele decirse, parte de mi familia, no me desprenderé jamás. Antes de hacer esto saldría yo en persona á ven-der á cinco ó diez céntimos por las calles, plazas y plazuelas que tiene Ma-dríd los libros de que antes hablé. Se tomaría por otra genialidad de las va-rias que he tenido el verme al pie de la manta en que estuvieran tirados en el suelo.

¡No sé qué hacer!... ¡No sé qué ha-cer!... Quiero que El MOTIN no muera viviendo yo y á la vez me niego á dis-traer para sostenerlo ni un céntimo de mi fortuna ni á desprenderme de mi re-trato. Es una contradicción y una ingra-

titud además. Sin El MOTIN no hubiera-do así las 15.000 que pondré á la ven-ta, y coser y cantar.

Y no tiraré más, aunque venda, como espero, las 15.000 en una semana. De este modo, únicamente quedarán la-mentándose de su mala suerte 14.999 españoles; mientras si tirase las 500.000 ascendería á medio millón menos uno el número de los desconsolados.

En vista de las razones expuestas y de otras que me reservo, quedamos. 1.º En que sortearé mi retrato. 2.º En que el número de tarjetas será el de 15.000. 3.º En que cada una costará una pe-seta. 4.º En que el sorteo se hará el 11 de Febrero, fecha en que á la vez com-memoraremos la venida de la primera República, funcionando ya la segunda.

Y además de todo eso quedamos en esto otro:

En que desde hoy envidio al que le toque mi retrato. Consérvelo. El día que yo muera anuncie en la Prensa que lo tiene y á los pocos días recibirá proposiciones de todos los museos del mundo, que se disputarán su ad-quisición; yo desearía que en igual-dad de condiciones se lo vendiera al del Vaticano, que se enorgulleciera de exhibir en él la faz del hombre que contribuyó más en España á que jesui-tas, frailes y curas *sablaceasen* á los fieles á pretexto de contrarrestar mi propaganda; mas si por una circuns-tancia cualquiera esto no pudiera ser, me alegraría que se quedase en el Mu-seo del Prado para que lo colocasen al lado del del Bobo de Coria.

He dicho.

Jose Nakens

Una explicación

Se admira un amigo de Valencia de que á pesar de mis años y de lo hon-damente perturbada que se ha visto en ocasiones mi vida, conserve el buen humor de siempre.

No me extraña que ese amigo se ad-mire, porque me pasa á mí mismo á ratos.

No explicándomelo, porque nadie como yo sabe las razones que tengo para no estar alegre, he pensado des-pués de largas y profundas meditacio-nes en si será por no tener ni el menor remordimiento de haber perdido en la iglesia el tiempo que cumpliendo la sentencia de Jehová he dedicado á ga-narme el pan con el sudor de mi frente.

La tranquilidad de conciencia y el buen humor son hermanos.

CUENTECILLO

Presentóse un hombre de aspecto distinguido á un médico, célebre fisió-logo, en demanda de que examinase minuciosamente todo su organismo para ver si padecía alguna dolencia

que explicase el por qué estaba generalmente melancólico y triste.

Hízolo así el doctor, y encontráse con un organismo que funcionaba normalmente; interrogó al cliente sobre la vida que hacía y acabó por aconsejarle sonriéndose que procurara distraerse, única receta que podía darle, añadiendo:

—A propósito, ¿ha visto usted a ese clonw que hace ahora desternillar de risa en el circo al público?

—No, señor, no he ido a verlo, ni puedo ir.

—¿Por qué?

—Porque ese clonw... soy yo.

Andalucía trágica

—¿Cómo se presenta la elección en Iz-nájar? ¿Cómo está la gente?

—¿Cómo quiere usted que estemos! Muertos de hambre.

—¿El gazpacho dice usted que es una porquería? ¡Hola! Pues esa es la comida de los días de fiesta, de los días que trabajamos y tenemos dinero. Ese es el dichoso manjar de los veranos. El resto del año nos lo pasamos chupándonos la lengua y mascando saliva.

—¿Cómo han de arreglar esto los meantins que viven en Madrid? Les decimos que hay aquí hombre que no ve en ocho meses un perro gordo, y no lo creen. Les aseguramos que la mayor parte del pueblo no tiene en invierno ni una aceituna que roer ni un verbajo para alinear con vinagre, y no lo comprenden.

—Todos los sin chaqueta de este pueblo están con usted.

—¿Y cuántos sois los sin chaqueta?

—Todo el pueblo menos tres.

—Los señoritos hasta que no vean encima de cada espiga un tricordio no estarán contentos.

—En esta tierra maldita hasta los pájaros se mueren de hambre. Como hay siempre tanta guardia civil y tanta escopeta por la carretera, ni los gorriónes se atreven a acercarse a los trigos.

—En Albendín, con empobrecer a uno, seríamos ricos todos. Actualmente, para que ese sea rico, hemos de ser todos pobres.

—Todo, todo es de él. El monte la vega, el río, los cortijos, las casas, la caza. Es decir, la tierra, el agua, el aire. Y las caballerías, el ganado, las personas.

—Anda, hijo, arrea al burro, que á tu «pare» también lo arrea.

—¿Qué hace ahora tu chico?

—Pues es «penzaor».

—¿Y qué oficio es ese?

—Es el que da el «gazpacho» á las bestias.

—Vamos, mujer, no te emperejiles tanto. Que por mucho que presumamos los pobres, cuando más, á sobras de calzones de señorito hemos de salir.

—A ver, chaval. Tú «pa» qué quieres estudiar?

—Yo «pa» gordo.

—Así me gusta el personal: «trabajaor».

—Contigo y tu mujer buen tronco de bestias, buen par de animales de labranza tiene el señorito.

—¿Cómo tienes la «casaura»?

—Negra y «quemá» y «tisná» y «casá» como los ojos de «cústé», comadre.

—Con esa criatura hicieron una herejía. Servía en un cortijo y era una confitura. El señorito convidó á unos amigos á una juerga. Le dieron á beber un vino amarillo y un licor verde. La embarracharon. La hicieron bailar. Abusaron de ella. Cuando se le pasó la «jumerá», se dió con una hoz un tajo en el cuello; le cosieron la herida y... hasta ahora. Más le valiera haber muerto.

—Aunque seas sindicalista, vas á votar por esta vez como un «hombrecito».

—Como no le vote á usted su p...era madre...

ANGEL SAMBLANCAT.

No estoy conforme

Al alto clero le importa un comino la situación económica de sus rurales, y si ellos, que tienen medios y obligación moral de hacerlo no lo remedian, ¿por qué hemos de ser los republicanos y socialistas tan fantoches, que mezclándonos en un asunto que está completamente reñido con nuestro programa, hagamos firme lo que debe destruirse?

Todo republicano ó socialista que no haya perdido la cabeza ó la vergüenza, en vez de poner el visto bueno á los gastos superfluos de la nación, debe combatir: en todo momento y forma; lo contrario es hechar paladas de cieno sobre el programa republicano.

Por ello, ni estoy conforme con la despreciable jofitada de los aludidos diputados, ni con que el amigo Nakens crea que debe darse 10.000 pesetas anuales á cada obispo.

Ni soy traga curas ni las cuestiones religiosas me pasan de dientes á dentro; pero si digo que si hay algún cura que no tenga suficiente sueldo para las necesidades de esta vida material, que deje los hábitos; y si sus años se lo permiten, que trabaje en lo que mejor le parezca; y si su estado físico no se lo permite, que pida limosna; que es el recurso que le queda á todo trabajador después de cuarenta ó cincuenta años de penosos trabajos, agobiado de obligaciones, impuestos y siempre amenazado con los fusiles.

Del mismo modo que el amigo Nakens dice refrirándose á las 10.000 pesetas de los obispos, que todo español se daría con un canto en los pechos por alcanzar la ganga, yo digo que también lo harían muchos trabajadores españoles si les dieran un par de pesétilas por media hora de trabajo y un trago de vino en el intermedio; amén de otros gajes adquiridos por buenas ó malas artes.

En este planeta, la vida y energía se obtienen mediante la ingestión de productos que llamamos materiales, y para tener de recho á este banquete de la vida, es preciso producir, y todo el que no produce, sea quien quiera, es un embaucador que vive á costa de los demás.

Las cosas de ultratumba son pequeñeces que no debieran preocupar á los trabaja-

dores; dejemos á Dios en donde esté y veamos la manera de que en la colmena social no haya zánganos que predicando amor y caridad, son inhumanos.

LUCIFER

Castellón

Competencias de la fe

Al Cristo de Limpias le ha salido un hermano que se le parece mucho; se les tomaría por gemelos.

¿Lo dudan ustedes? Pues lean lo que dijo hace días *La Correspondencia de España*:

«Hemos dicho en anteriores días que el Santísimo Cristo de la Agonía que se venera en la iglesia parroquial de San Andrés de esta corte es en un todo parecido (según las personas que han visitado las dos imágenes) al Santo Cristo que bajo la misma advocación se venera en Limpias.

Desde hace unos días que dimos cuenta del parecido que existe entre ambas imágenes, el Santo Cristo de la Agonía en San Andrés ha empezado á ser visitado, especialmente por las tardes, y á seguir así, puede decirse que estamos en los prolegómenos del suceso tan comentado en el pueblo de Limpias.»

¡La competencia! Esto arruina á muchas empresas. En cuanto una hace negocio, se le pone otra enfrente. Me refiero á las profanas.

La historia de este Cristo es bastante accidentada, á juzgar por estos datos del mismo periódico:

«El mencionado Cristo estuvo instalado en 1720 en la iglesia de San Francisco el Grande; que se cree fué debido á Miguel Ángel ó Mena; que después de sostener un pleito los frailes de San Francisco por conservar la imagen y perderlo, pasó ésta á la iglesia del Hospital de la Orden Tercera; que después (y aquí hay una laguna) fué á parar el Santo Cristo al Rastro, cuya imagen la adquirieron unos traperos, los cuales de común acuerdo la llevaron á la parroquia de San Millán, que se levantaba en el sitio que hoy ocupa el café de este nombre, y en cuya iglesia fundaron aquellos una nueva Cofradía; después fué trasladado el Santo Cristo á la parroquia iglesia de San Andrés, cuya imagen se encuentra en una modestísima capilla que hay á la izquierda de la puerta de entrada al templo.»

Estos datos ha debido tener en cuenta la Archicofradía del Cristo de San Andrés (que supongo se los ha enviado á *La Correspondencia*) para no anunciar que hará milagros una imagen que pasó por trances tan difíciles sin ocurrírsele hacer ninguno, ni aun para librarse de andar en manos de traperos en el Rastro.

Habla luego *La Correspondencia* del gran entusiasmo que ha despertado en Madrid el Cristo de San Andrés desde que en sus columnas se habló hace días del gran parecido que tiene con el que se ha hecho célebre en Limpias moviendo los ojos y sudando como un cavador. Y añade:

«La devoción y la fe de muchos fieles hacia el Santo Cristo de la Agonía es tan grande, que algunos ya sueñan con ver reproducidos los prodigios que dicen se des-

arrollan en el repétido y ya célebre pueblo de la provincia de Santander.»

No asamos y ya pringamos. Los católicos que tratan de explotar al Cristo de San Andrés empiezan ya á tirarle chinitas al de Limpías. La frase «los prodigios que dicen», nos revelan sus intenciones. De esto, á asegurar mañana que el de aquí es el verdadero zargazono, sólo hay un paso.

Nada de lo dicho quiere decir que me desgrace el desenfado (por poco no digo el descaro) con que se anuncian ya las competencias religiosas, que me recuerdan, sin que al indicar esto trate de confundir lo humano con lo divino, al tendero aquel que puso este anuncio en su puerta:

Compradores

NO VAYAS A QUE OS ROBEN
EN OTRO ALMACÉN
¡VENID A ESTE!

Sección de milagros

Día como hoy (siete de julio), se vió Madrid en la mayor afición que hasta entonces se había visto, que fué la de aquel voraz incendio de la Plaza Mayor, año de 1631. Este incendio le atribuyeron muchos, y no con poco fundamento, á diabólicas furias que lo concitaron, pues constataron muchos labradores haber oído aque la mañana, junto al Puente de Toledo, horrosos ahullidos en el aire. Pendió el fuego por dos partes en todo un lienzo de los cuatro de la Plaza. Crecía al paso de la llama el grito, la confusión y la congoja; pues en Plaza tan poblada, en edificios tan altos, en maderage tan combustible, y en lugar tan rodeado de otras calles, que si á ellas se pasaba había de ser segunda troya, ¿qué podía tener lugar, sino el llanto y el horror? Todo era un retrato del infierno, si es que de aquel fuego puede haber retrato. Como tan repente se vió tan grande hoguera, juzgaron los alcaldes, corregidor, y demás ministros, era ocioso buscar remedio que humanamente le atajase; y así acudieron al Divino, trayendo por tres puestos el Santísimo Sacramento, y por cuantas calles podían, y diferentes reliquias, é imágenes de Santos; entre otras trajeron la de Nuestra Señora de la Soledad, entráronla por la Plaza, y después de haber dado vuelta por toda ella con solemne procesión, la colocaron junto á la panadería, debajo del balcón donde ven las fiestas Sus Majestades, enfrente de lo más furioso y ardiente del incendio. Estando así la Imagen, y viendo los de la Plaza, que tan grande fuego muy aprisa amenazaba total ruína, dijo uno de los que estaban más cerca de la Imagen: «Si de aquella parte disparasen un tiro de artillería derribaría el maderage que está ardiendo, y apagaría el fuego dea bajo, ahogándose con la tierra de los tabiques, con que se descubriría la parte que más deminificaba el fuego, y se pudiera remediar algo.» A cuyo tiempo unamujer le respondió: «Buen tiro tenemos asestado en Nuestra Señora de la Soledad.» ¡O maravilla grande! Apenas hubo pronunciado la mujer estas palabras, cuando á vista de todos los que allí estaban, repentinamente se desplomó toda aquella máquina de seis ó siete altos de viviendas, por la misma parte que tanto se deseaba, de que resultó el total remedio; porque

no sólo se logró lo que se imaginaba, sino que puntualmente se apagó el incendio, que es lo que se reputó por el principal milagro de esta Sagrada Imagen.

Digo el principal, porque otro sucedió á este mismo tiempo, y fué, que estando Juan de Quintana en el ultimo alto de las casas del incendio, en compañía de un religioso capuchino, que descolgaba una pintura de Nuestra Señora de la Soledad, se hundió toda la fábrica de abajo, y quedándose el religioso con la Imagen en las manos, y asíéndole Juan de Quintana de los hábitos, le dijo: «Animo Padre, que Nuestra Señora de la Soledad va con nosotros,» y encomendándose ella, cayeron en lo más ardiente del incendio; pero los dos salieron ilesos é indemnes. Por este milagro, junto con la circunstancia que queda de decir el hombre, y la mujer lo del tiro, soy de parecer que á esta santa imagen debe Madrid no verse abrasada ni aniquilada del incendio, que tan vorazmente había prendido en el corazón de la villa; aunque no ignoro lo que algunos apasionados de otras imágenes escribieron en repetidas historias. A nosotros poco no embaraza se atribuya á esta á aquella imagen, como separamos que la gran reina, quien todas sus imágenes significa obró el prodigio, consolando á todo Madrid, y en él á toda España.»

Yo no dudo de que se verificara este milagro del modo que se relata, pero declaro que me dedicaría á recomendar que se apagaran todos los fuegos por este procedimiento, si el día que se declarase alguno en el palacio episcopal, en una residencia de jesuitas, en un convento, en una iglesia ó en la casa de un católico ferviente, solicitaran sus dueños ó sus moradores que fuera la Virgen de la Soledad á apagarlo y no el personal del Cuerpo de bomberos.

Y haría más; propondría que éste fuera suprimido para aliviar al Ayuntamiento de esta carga que no es pequeña por cierto.

Dos que ven claro

Dos diputados franceses han dimitido sus cargos en el partido socialista unificado.

El uno, Mr. Nectoux, por no poder admitir—dice—«que la lucha de clases, en vez de ser un medio, se torne en un fin y sea reemplazada con frecuencia por el odio de clases, ni que los acontecimientos de Rusia sean presentados al proletariado francés como feliz aplicación del socialismo.»

El otro, Mr. Erlich, «que en calidad de agregado de la Misión militar francesa en Rusia asistió á la revolución rusa y al desarrollo del bolchevismo, declara en su carta de dimisión «no poder comprender que el partido socialista unificado, lejos de tener el valor de repudiar y condenar los excesos y crímenes del bolchevismo ruso, cite á éste como modelo y lo presente á la admiración de la clase obrera francesa».

En cambio aquí hay bastantes socialistas y algunos republicanos que se

entusiasman cada vez que leen una noticia como la siguiente.

«La *Krassnaia Gaceta* publica un *prikaz* de Trotsky que ordena fusilar á los niños parientes de los oficiales que se hubieran pasado á los blancos. El *prikaz* termina así:

«Las represiones contra las familias de los traidores son indispensables. Si nos vemos obligados á dejar caer nuestra espada, no solamente sobre las cabezas de los traidores, sino también sobre las de sus parientes, no hay que considerar el hecho como un crimen de lesa civilización, sino como un derecho y un deber.»

Declaro, para evitar confusiones, que todos los republicanos y socialistas que hoy se entusiasman aquí con las hazañas de los bolcheviques, pertenecen al grupo de aquellos famosos héroes que se pusieron en Agosto de 1917 al frente de las masas, lo mismo en los Cuatro Caminos, que en todos los puntos de España donde se las ametralló.

A cada cual lo suyo.

Veo que cada día va Lenin en Rusia siguiendo con más empeño esta máxima del catolicismo: «El que no está conmigo está contra mí», y deduciendo de ella las naturales consecuencias.

Hace poco, cuando atentarón contra su vida, apioló á cuantos supuso que pudieran haber pensado en eliminarle.

Ahora ha mandado fijar una proclama en los muros de Petrogrado, prometiendo dar una prima por el asesinato de una serie de personas que han desplegado gran actividad contra la propaganda roja.

Contiene, entre otros, este párrafo:

«Los principales bribones entre los «blancos» son el general Rozziarko, el general Yudenith, el conde Paalen y el conde de B. z. k. n. d. o. r. f. Estos individuos deberán ser muertos ó detenidos. Cualquiera que nos entregue á uno de ellos, muerto ó vivo, obtendrá una prima de 500.000 rublos.»

No puede negarse; forzoso es reconocer que esta medida representa un gran progreso moral.

Ultima hora

Todo sigue igual que la semana anterior, sin otra novedad que el levantamiento del estado de guerra en Barcelona, pero no el de la suspensión de garantías constitucionales.

Fábricas cerradas, patronos intranquilos, obreros sin comer, las subsistencias más caras cada día, los que las venden robando cada minuto más, cada santero pidiendo para su ermita, y todos los explotados y perseguidos y hambrientos diciendo que esto no puede seguir así. Y sin embargo, sigue.

Celebraré que cese pronto este juego y que al romperse la sogá no sea por lo más delgado.

Imp. Genérica. San Leonardo, 8.